



En las imágenes, algunas de las obras expuestas en esta muestra de la artesanía tradicional de Triana.

**M**ÁS que reseña de exposición, lo de hoy ha de ser comentario sobre la cerámica nuestra, la que yo llegué a conocer, todavía en pleno auge, en las llamadas casas de oficio de Triana. Escrito con la pretensión de ser más alentador que nostálgico y sugerido por la selección ofrecida en la sede del Colegio de Arquitectos, tan interesante por la calidad de las obras que se exhiben.

Hace años que se viene intentando rescatar para Sevilla una de las artesanías casi perdidas, de las más bellas y de las de mayor raigambre y prestigio. Décadas atrás, se trató de devolver a unos talleres su pasado renombre, cuando Ignacio Gómez Millán reunió a ceramistas y pintores para elaborar vasos vidriados, estatuillas cerámicas y azulejos, de acuerdo con las técnicas tradicionales. La idea, afortunada, no pudo llevarse a cabo por mucho tiempo por falta de apoyo. Más tarde, en los predios municipales de La Corchuela, se puso en marcha otro propósito con idéntico fin y similar fortuna, al que siguieron, con mayor o menor acierto, nuevos talleres distribuidos por el casco antiguo y por la periferia. Mientras, en los establecimientos más o menos vinculados al turismo, se mostraban piezas llegadas de distantes procedencias. Días atrás, tras no pocos esfuerzos, se ha inaugurado una muestra de lo que queda, que es bien poco, y de las ganas de proseguir, que son

## La exposición de la semana

# Cerámica de Triana (Siglos XVI al XIX)

**Colegio de Arquitectos  
Plaza del Cristo de Burgos**

**Hasta el 10 de mayo  
De 10 a 14 y de 16 a 20 h.**

muchas, en las tiendecillas y pequeños talleres de la Lonja establecida en el antiguo mercado del Postigo; allí, la cerámica está presente entre lo que se ha venido llamando artes populares, oficios artísticos y artesanías.

Quiero decir con esto que la preocupación existe y que los empeños se suceden con la intención de que no se pierda una manifestación de este tipo que tanto realce dio a la construcción y decoración de la ciudad en plazas, templos, palacios, edificios públicos, hogares y jardines; y que tanto, también, significó para la alta estima del buen hacer de unos sevillanos, porque el barro cocido y vidriado de nuestro arrabal más típico y laborioso se reclamó, durante siglos, para muy distintos lugares del Viejo y del Nuevo Continente.

Triana había marcado un estilo propio y había conseguido una calidad indiscutida, y la última gran época de su cerámica coincidió con la Exposición Iberoamericana. Una ocasión que fue afortunadamente utili-

zada, gracias al empeño de Aníbal González y de otros arquitectos, y antes, de Forrester, artífice del Parque de María Luisa, y a la labor valiosa de ceramistas como Rodríguez Zuloaga, Macías, Orce, Rodríguez y Pérez de Tudela, García Montalván y Baena, y de pintores como Gustavo Bacarizas y, poco después, Juan Miguel Sánchez.

Pero es el caso que la ocasión se repite, que a la vista tenemos el acontecimiento del 92. La Exposición Universal puede y debe acoger, como muestras representativas de la Sevilla de ayer y de siempre, a la cerámica, lo mismo que a otras artesanías tradicionales: la forja artística —casi en peligro de extinción, desaparecidos sus mejores maestros— y las que se mantienen en alto nivel gracias a la demanda cofradiera: la talla, el bordado y la orfebrería. Con respecto a los ceramistas, bueno sería que conjuntaran ya, de la forma más positiva, los buenos deseos, fomentando el aprendizaje y abriendo nuevas pers-

pectivas. Mirando lo que se hizo, que en toda maestría del pasado hay lección aprovechable, y evolucionando, porque la cerámica trianera, a través de su historia, fue adaptándose a los tiempos y no quedó anclada en un estilo fijo.

Quedan artesanos capacitados para transmitir no sólo eficaz enseñanza, sino amor al oficio. Hay serios investigadores, como el profesor Alfonso Pleguezuelo, a cuyo cargo estuvo la búsqueda y disposición de los materiales expuestos en el Colegio de Arquitectos; y hay, ya digo, un propósito que no desmaya y que sólo necesita el estímulo decisivo. (Y, entre tanto, no estaría de más, ni mucho menos, que se convirtiera en realidad ese Museo de Cerámica que Triana debe al recuerdo de su mejor historia. Un museo que todavía es posible instalar dignamente en lugar adecuado y que sería obra cultural permanente y necesaria, frente a tantas obras llamadas culturales de efímero relumbre y contenido discutible.)

Esto me sugería la excelente exposición montada con el patrocinio de la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada, viendo azulejos de distintas técnicas y motivos, vasos de bellas trazas garbosamente pintados, lozas de la Cartuja, piezas, en fin, que recogen, en estupendo resumen, las múltiples facetas y la evolución histórica de nuestros barro vidriados.

**Manuel FERRAND**